

VIII Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, La Plata, 2012.

Poesía y cristianismo en los años treinta. Laberinto de amor de Leopoldo Marechal.

Cabezas, Laura.

Cita:

Cabezas, Laura (2012). *Poesía y cristianismo en los años treinta. Laberinto de amor de Leopoldo Marechal*. VIII Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-088/127>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Poesía y cristianismo en los años treinta. *Laberinto de amor* de Leopoldo Marechal.

Laura Cabezas

Universidad de Buenos Aires

Resumen

En la década del treinta, el catolicismo se instala fuertemente en Latinoamérica bajo la consigna de “recristianizar” la sociedad. En el caso argentino, Leopoldo Marechal realiza un camino que, guiado por crisis espirituales, lo lleva a abandonar los fundamentos vanguardistas para lanzarse a la búsqueda de la belleza, la armonía y el orden, aunando fe y estética en su escritura poética. En este contexto, *Laberinto de amor* de 1936, al inscribirse anacrónicamente dentro de la tradición cristiano-medieval, moldea un poeta que, como émulo del Creador divino, liga el presente con la eternidad, postulando la necesidad de forjar una comunidad de amor y entrega hacia el otro.

Palabras claves

Leopoldo Marechal – *Laberinto de amor* – nueva cristiandad – Jacques Maritain – anacronía.

Los años treinta se presentan como una década atravesada por la reflexión sobre las potencialidades de forjar un proyecto ético y estético a través del cristianismo. La rehabilitación del pensamiento cristiano en América Latina puede leerse como una emanación de la fundación de la Acción Católica en Roma por parte del Papa Pío XI que postulaba la necesaria presencia y extensión de la labor del laicado católico en el mundo. Bajo la premisa de “recristianizar” la sociedad, la política teológica de Pío XI alcanzó gran éxito en los países sudamericanos donde rápidamente se sucedieron cursos de cultura católica, centros de lectura y discusión de la doctrina cristiana, a la vez que revistas de tendencias religiosas.

Así, Argentina, inscripto en este contexto marcado por un fuerte “renacimiento” católico, goza en los años veinte de un ámbito privilegiado de formación espiritual: los Cursos de Cultura Católica, que oficiaron, para escritores e intelectuales, de aprendizaje y comunión con el universo cristiano. Leopoldo Marechal, participante activo de estos Cursos, cuenta su ingreso a partir de la crisis espiritual que, en germen desde su viaje a Europa, desencadena la enfermedad de su amigo Luis Francisco Bernárdez:

En mi escuela de la calle Trelles recibí un llamado telefónico de Bernárdez: acababa de sufrir una hemoptisis y reclamaba mi presencia. Corrí a la pensión donde vivía y lo encontré contrito y trastornado. A partir de ese momento se

desencadenó la crisis espiritual que ya maduraba en mí desde mi último viaje a Europa: volví a las prácticas de la Iglesia y me incorporé a otro grupo intelectual que también ha dejado historia en Buenos Aires, el de los Cursos de Cultura Católica en los que poníamos en estudio y práctica los tesoros intelectuales de la Iglesia universal, en la filosofía, la ciencia y el arte, olvidados por ella en los mecánicos ejercicios de la caridad. Fueron mis compañeros: Bernárdez, Fijman, Mario Pinto, Marcelo Sánchez Sorondo, Hipólito J. Paz, Juan Carlos Goyeneche, Mario Amadeo, Felipe Yofre, Ballester Peña, Máximo Etchecopar (Marechal, 1970: 58)

Dentro de los Cursos de Cultura Católica (donde los estudiantes encontraban asignaturas que suplían las faltas de la universidad liberal tales como Historia de la Iglesia, Sagradas Escrituras, Filosofía Medieval, Filosofía Tomista, Latín, etcétera), también se conforma Convivio, un “ateneo de discusión y conferencias, lugar de encuentro informal, generalmente dirigido por César Pico, donde existían también actividades artísticas que iban desde la poesía hasta la plástica” (Ghio, 2007: 58-59), al que Marechal concurre asiduamente. Su presencia en ambos espacios habilitará tanto un viraje con respecto a su producción poética –la búsqueda por una espiritualidad en el poema- como la postulación de una teoría de la literatura heredera de la relectura que se realiza sobre la Edad Media y en especial sobre la filosofía de Santo Tomás y San Agustín, así como también por la presencia de Dante Alighieri y los místicos españoles: la belleza como guía estética y temática de la escritura pero también como un conocimiento instantáneo y directo. Por este camino de lo bello, el poeta, al igual que el Creador divino, crea nombrando de modo total, es decir, recrea al mundo en su forma y en su esencia verdadera. Como explica Marechal (1998a: 390) en *Descenso y ascenso del alma por la belleza*:

El árbol del poeta no es un árbol, sino todos los árboles, es decir el árbol proferido en la unidad no individualizada de su número creador, libre de la multiplicidad, exento de la materia crasa, no circunscripto en las limitaciones del espacio y del tiempo.

Marechal propone un poeta que cree desde lo singular y deje sin efecto la antinomia clásica que gobierna la lógica occidental entre lo particular y lo universal. La analogía, que como señala Giorgio Agamben interviene en las dicotomías lógicas “no para componerlas en una síntesis superior, sino para transformarlas en un campo de fuerzas recorrido por tensiones polares, en el cual, del mismo modo en que ocurre en un campo electromagnético, éstas pierden su identidad sustancial” (Agamben, 2009: 27), es el principio rector de la creación poética marecheliana, en tanto la tarea del poeta, como émulo de Dios, consiste en tender una ligazón entre su presente y la eternidad. Como explica Diego Bentivegna (2011: 122), “el poeta es un imitador, y su modelo es el del Creador divino, por lo que, para Marechal, el poeta es, en efecto, un hacedor: alguien que, al nombrar al mundo, le da una forma arquetípica y plena”. Lejos de ubicarse en una torre de marfil, la figura de poeta marecheliana debe posar su mirada en lo cotidiano, en la hermosura de las cosas sensibles, para así lanzarse al rescate de la Belleza, con mayúsculas, y seguir el camino de la felicidad trascendental.

De poeta vanguardista a poeta iluminado por el llamado religioso, Marechal indaga en su poética de los años treinta la posibilidad de sostener una escritura que se evada de los postulados vanguardistas sostenidos en la década pasada a través de la revista Martín Fierro, y al mismo tiempo se aleje de la estética realista –comprometida y denunciante– que por esos años se exalta desde las páginas de la revista Claridad.

1936

Dentro de este contexto, marcado por un fuerte imaginario cristiano de renovación y llamado al orden, que no sólo se vislumbra en la esfera estética, sino que también se hace presente en el ámbito de discusión política, 1936 configura un punto de inflexión. La visita a Buenos Aires en agosto del filósofo católico francés Jacques Maritain, invitado a participar del XIV Congreso Internacional del P.E.N Club y a dictar una serie de conferencias, entre las que se destacaron las que brindó en los Cursos de Cultura Católica, da nuevo ímpetu a la reflexión acerca de una vía católica que guíe la vida material y espiritual de los individuos. Cristiano convertido y ahijado de León Bloy, Maritain propone una filosofía que escape al dilema fascismo/ comunismo mediante un tercer camino que, regido por un humanismo integral, reconcilie el espíritu y la materia con el objeto de construir una civilización en la que el ser humano pueda vivir como “persona”. En el encuentro que organizó la revista Sur con Maritain y un grupo de escritores, intelectuales y políticos argentinos, Leonardo Cartellani comenta:

Tampoco respondo que la solución concreta que propone a la actividad política del cristianismo de hoy (elevación sobre derecha e izquierda, formación de un grupo homogéneo con objetivos “a largo alcance”) sea la mejor en Francia o sea aplicable tal cual fuera de Francia. Una cosa sé: que la visión del mundo actual que la comanda me parece profunda, fundada y justa; y notablemente oportuna en la Argentina. La visión de la disolución del ideal histórico de la cristiandad medieval y la formación latente de un nuevo ideal de ciudad evangélica que recoja los aportes de la historia y los asimile en una nueva forma temporal de civilización cristiana, me parece henchida de claridades (Sur, 1936: 66)

A mitad de los años treinta, bajo el signo de la guerra, la preocupación maritainiana se detiene en la realización de una cultura o civilización que combine el bien temporal con las necesidades del alma, es decir, que se instale una comunidad en la que los individuos devenidos “personas” puedan desarrollarse material y moralmente. Estas reflexiones se distancian y a la vez complementan con las llevadas a cabo por el filósofo francés en la década del veinte cuando estimulaba la producción de un arte y una poesía eminentemente cristianos. En efecto, en 1920 desde las páginas de su libro Arte y escolástica, Jacques Maritain, junto a su esposa Raïssa, teorizan sobre la posibilidad de un arte moderno que lleve en sí el carácter del cristianismo y que, diferente al arte de iglesia o sacro, no esgrima un uso piadoso, sino que, por el contrario, se abra libremente a infinidad de técnicas, estilos, reglas o modos. El arte cristiano, afirman, es el “arte de la humanidad redimida” (Maritain, 197: 86) que aúna estética y fe en su búsqueda por la belleza; pues perteneciente al orden trascendental y metafísico, lo bello se configura como el encargado de transportar el alma más allá de la creación artística.

Leopoldo Marechal se nutrió de las ideas maritainianas en los Cursos de Cultura Católica, donde también se inició en los principios del tomismo y del agustinismo, y en Convivio, ateneo de creación literaria en conexión con la metafísica. Europa era el faro, pero lejos de pensarse como subsidiarios de esa cultura, Marechal coloca a su generación como heredera y continuadora de la civilización occidental; así, en una carta escrita a Atilio Dell'Oro Maini, afirma:

Somos herederos de la “sustancia intelectual” de Europa, herederos legítimos y directos. Alighieri, Cervantes y Shakespeare son tan míos como podrían serlo de un italiano, un español y un inglés. Aristóteles y Santo Tomás son tan míos como Jacques Maritain. Somos legítimos herederos, profesores y continuadores de la civilización occidental; y con una ventaja en nuestro favor: la que nos da el “hecho americano”, en el sentido de la “no retórica” y del no “parti pris” nacional. (Marechal, 1998b: 322-323)

Nuevamente, la operación de Marechal consiste en deshacer las oposiciones y presentar a Europa y a América hermanadas en una cultura universal que, en la línea maritainiana, se piensa como una “nueva cristiandad”, anterior al Estado y por encima de toda sociedad política, en tanto se erige como manifestación de la raíz espiritual del hombre. Sin embargo, si, por un lado, el arte trasciende todo límite temporal y nacional, por el otro, se ancla en un tiempo y un lugar: desde Latinoamérica es posible producir una obra universal y humana que forme parte de la civilización occidental.

1936 es también el año de publicación de Laberinto de amor por la editorial Sur. En este poemario, Marechal, que ya publicó las primeras notas de lo que será su ensayo más importante, un tratado estético-filosófico llamado Descenso y ascenso del alma por la belleza, y emprendió la escritura del Adán Buenosayres, expone la erudición y la creencia religiosa adquirida años anteriores. Su poesía se guía por la búsqueda y transmisión de una espiritualidad que reencante al mundo. Desde su presente, Marechal se inscribe en la tradición occidental y logra un libro “antimoderno” (Compagnon, 2002) que se rebela ante la experimentación vanguardística o el sentimentalismo de los neorrománticos. La potencia de una memoria atraviesa la escritura poética marecheleana que actualiza elementos “fuera de época” mediante su recuerdo.

Sagrada anacronía

Desde el comienzo Laberinto de amor manifiesta su deseo por asentarse dentro de una tradición literaria medieval, ya sea por el epígrafe que inaugura el libro de Guillaume de Lorris como por el verbo utilizado en la primera estrofa del poemario, “querer”, el cual remite al poeta clérigo Gonzalo de Berceo. Cito:

Quiero decir palabras de laberinto, quiero
Nombrar la donosura del Amor Consejero

Mi canción ya perdida, ya en bienaventuranza,
Será un idioma puesto sobre justa balanza. (Marechal, 1936:13)

Dejadas en el pasado “aquellas experiencias desmesuradas” (Marechal, 1998: 121), tal como describe Marechal a las prácticas de la vanguardia local de los años veinte, esta nueva faceta poética, por el contrario, ya no se sentirá atraída por la desmesura sino por la posibilidad del orden y la armonía. Así, construye un poema lírico que, en sintonía con los místicos españoles, narra los dos encuentros del poeta con el Amor, que implican el descenso y el ascenso del alma, tal como ya lo expuso en sus artículos de 1933 en *La Nación*; pues si en el primer acercamiento se da la entrega hacia las cosas bellas sensibles, en el segundo, la experiencia prospera y el alma del yo-poético puede volverse hacia sí para lograr su ascenso místico en el laberinto. Cito:

“Señor –le dije, -clavo la rodilla y la frente,
Pero, ¿cómo salir de la noche doliente?”
Y respondió:
“En su noche toda mañana estriba:
De todo laberinto se sale por arriba” (Marechal, 1936: 48)

Así, como sostiene Graciela Maturo, mientras que uno de los encuentros viene a encarnar “la búsqueda de Dios a través de su Creación: el otro representa el regreso al Origen, por los mismos vestigios que la habían separado de él, es decir, la recuperación de la forma del Creador impresa en el alma” (Maturo, 1999: 92).

De difícil lectura, el poema, construido a través de alejandrinos pareados, expone no sólo el manejo de fuentes vinculadas con la alta tradición antigua y medieval-cristiana -en su concepción del alma ingresan Santo Tomás, San Agustín, Aristóteles, Platón, para lo bello, la referencia obligada es Plotino, para la forma del texto poético, los místicos, Dante, etc.-, sino que también aparece el deseo por inscribirse dentro de tal tradición, como parte de una civilización universal que no reconoce fronteras que separen la cultura europea de la latinoamericana. De este modo, Marechal retrabaja impuramente lo alojado en un pasado lejano mediante un acto de rememoración que produce el choque y el montaje con el propio presente. No obstante, si, como examina Didi-Huberman, la memoria “decanta el pasado de su exactitud. Es ella la que humaniza y configura el tiempo, entrelaza sus fibras, asegura sus transmisiones, consagrándolo a una impureza esencial (...) Pues la memoria es psíquica en su proceso, anacrónica en sus efectos de montaje, de reconstrucción o de “decantación” del tiempo (Didi-Huberman, 2008: 60), la operación marecheleana exagera este funcionamiento rememorativo al hacer del anacronismo su principio constructivo. Laberinto de amor se moldea sobre la base de un collage temporal que, en clave cristiano, desarma las causalidades (histórico-literarias), enfrenta la lógica moderna del progreso y se abre a la redención, instaurando así la necesidad del sacrificio: Jesucristo muerto en la Cruz se erige como modelo y forma de vida para el individuo contemporáneo; porque sólo a través de un acto heroico se puede llegar a la salvación, del mismo modo que el poeta debe entregarse al arte que lo devora en pos de la felicidad espiritual de su comunidad.

En este sentido, la voz poética, como Creador divino, modulará un canto al nombrar las cosas en un idioma que no es digno de pintar la esencia del mundo natural, pero sí en describir “el color y sabor de la gente” (Marechal, 1936: 16). Es que lejos de pretender un idioma que se base en juegos infinitos con la palabra destruyendo el lenguaje en busca de uno nuevo, Marechal en sus poemas se decide por un idioma que tenga como medida al hombre. Así, afirma en “Recuerdo y meditación de Berceo” de 1943: “Lo que yo buscaba para mi arte era un idioma humano y no evangélico, una medida que fuera la del hombre, con todo lo mucho que puede el hombre rebalsar su medida” (Marechal, 1998: 122). Cito el final:

Si alguien pide noticias de tu cuna, filial,
No niegues a tu padre, Leopoldo Marechal,

Nacido en Buenos Aires, ciudad de tus amores,
En donde cosechó más espinas que flores.

¡Adiós canción! Si cumples tu oficio y mi deseo
Vivirás muchos años en la tierra. (Marechal, 1936: 51)

Apelando a la canción creada, en un clásico gesto autobiográfico, Marechal despide a su poema anhelando su permanencia en el tiempo, su supervivencia en la tradición. El poeta, como un padre, portador de una lengua terrenal, también hace renacer las cosas que nombra a partir de su canto, les da otra existencia, tan real como la “natura”, es decir, como “la esencia de las criaturas o su forma inteligible” (Marechal, 1998: 390).

LAUS DEO

Con estas palabras termina *Laberinto de amor: Laus Deo* (Alabado sea Dios) cierra un libro en el que forma y contenido se encuentran aunados bajo la tradición cristiana. A mitad de una década en la que se debate cómo imponer un orden nacional, jerárquico y católico, el poemario impone otro orden, uno que se basa en la tensión de contrarios en tanto conjuga poesía y vida, nacional y universal, libertad y jerarquía, amor y sacrificio. Para Marechal, el acto poético se reviste de misticismo al ser un acto de amor hacia un otro: al igual que el Creador divino, el poeta crea el mundo al nombrarlo y, al hacerlo, forja una comunidad por venir a través de la caritas o el deseo correcto, según San Agustín, que encierra el amor al prójimo y a todos aquellos con los que se comparte el mundo.

Bibliografía

Agamben, Giorgio (2007). *Signatura rerum. Sobre el método*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.

Bentivegna, Diego (2011). “Mímesis, eros, amor: recorridos dantescos y concepciones de poesía en Pior Paolo Pasolini y Leopoldo Marechal”, en *Hablar de poesía*, 23: 105-130.

Didi-Huberman, Georges (2008). Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes. Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.

Ghio, José María (2007). La Iglesia católica en la política argentina. Buenos Aires, Prometeo Libros.

Marechal, Leopoldo (1936). Laberinto de amor. Buenos Aires, Sur.

_____ (1994). Poesía (1924-1950). Edición y prólogo de Pedro Luis Barcia. Buenos Aires, Ediciones del 80.

_____ (1998). Obras completas, tomo II, Buenos Aires, Perfil.

_____ (1998). Obras completas tomo V, Buenos Aires, Perfil, 1998.

_____ (1970). "Memorias por Leopoldo Marechal", Atlántida, LII: pp. 56-66.

Maritain, Jacques (1972). Arte y escolástica. Buenos Aires, Club de lectores.

_____ (1945). Fronteras de la poesía y otros ensayos. Buenos Aires, La Espiga de Oro.

_____ (1936). "Conferencia de Jacques Maritain a propósito de la 'Carta sobre la Independencia', en Sur. Revista mensual. 27: pp. 7-70.

Maturo, Graciela (1999). Marechal, el camino de la belleza. Buenos Aires, Editorial Biblos.